

Antonieta, la que huía

Fabienne Bradu

Fabienne Bradu regresa a una de las grandes figuras trágicas mexicanas: Antonieta Rivas Mercado, y reconstruye la bi-tácora intelectual, los grandes proyectos e ideales plasmados en sus diarios y en sus cartas, en la etapa previa a su inesperado suicidio.

*“¿Qué es lo que tanto amas en las partidas, Ménalque?
Contestó: —El sabor anticipado de la muerte”.
André Gide, *Los alimentos terrestres*.*

A bordo del tren que la lleva a Nueva York, cuando huye de México en víspera de las elecciones presidenciales, al llegar a Torreón el 26 de septiembre de 1929, Antonieta le escribe a Manuel Rodríguez Lozano:

Esta mañana tuve la visión clara de una novela, de mi primera novela. Estará hecha en la siguiente forma: la figura central, una madre sensual y terrible, indirecta; la figura en apariencia central, el hijo, que no es sino el actor, malo, de un drama heroico, directo, en acción. Con repercusiones de sus actos en los seres que toca, la esposa, la amante ocasional, el amigo a quien traiciona. La madre lo tiene fascinado como la serpiente a su presa; su propia naturaleza pretende aparecer, está rozando la periferia de la conciencia sin jamás romper el círculo de la esclavitud. La madre muere y él queda como boya suelta, sin fuerza para tomar su camino, sin impulso suficiente para seguir el que su madre le impuso. Un perfecto naufragio. Yo sé que en esa novela se juntan dos cosas: Gómez Morín, su madre, etcétera; y mi hijo. Podría llamarse *La que no quise ser*. Estará escrita en capítulos que serán, cada uno, una

unidad, al estilo de *City Block* de Waldo Frank. Tendrá de diez a doce capítulos. Los personajes, todos, sin conciencia, sin claridad. La claridad mayor está en la sensualidad potente de la madre. Si logro esto, y mi dolor me hace tan aguda que lo juzgo posible, se la enviaré inmediatamente para que la critique. Vea que sigo su consejo. No he cesado de trabajar.

Apenas cruza la frontera falsificando la firma de su esposo para poder salir del país, desde El Paso, el 28 de septiembre, Antonieta le asegura al adusto pintor: “Necesito hundirme en el trabajo. La inacción, la falta de creación, me aterra. [...] Mañana, me haré de mi máquina y comenzaré a dejar en el papel mis entrañas”. Ya instalada en Nueva York, en el piso 19 del edificio de la American Woman’s Association —“una especie de hotel con 23 pisos, teatro, series de salones, gimnasio y un espléndido tanque de natación”—, le reitera en la siguiente carta del 6 de octubre de 1929: “Mi plan de vida es el siguiente: las mañanas, dedicarlas a escribir. Tengo ya de punto la novelita de que le hablé...” y, a modo de despedida, le promete: “Mi próxima carta no irá sola, llevará consigo el primer capítulo de mi novela, que desde ahora le dedico”. Asimismo le menciona que ha aceptado escribir un artículo de dos mil palabras sobre la mu-

jer mexicana para un periódico norteamericano. Unos días después, exactamente el 11 de octubre de 1929, le reporta a Manuel Rodríguez Lozano: “He trabajado todo el día. Realmente lo que se llama todo el día: de las 10 a las 12 (a las 10 a.m. estuve lista) y de la 1 a las 7. Corregí y copié la traducción que le mando. Escribí la reseña de *Fiesta* (una obra de teatro que acaba de ver en Broadway) que le envío también para que se la dé a Xavier Villaurrutia”. ¿Y la novela *La que no quise ser*? Ni una palabra, ni una línea, menos aún el capítulo prometido. No obstante, en la carta anterior del 6 de octubre, le comentaba:

Ya tengo el esquema de mi novela. Se llamará *Círculo*, y los capítulos: Centro, Segmento, Sector, Tangente, Excéntricos, Concéntricos; la siento con una precisión geométrica, como teorema demostrable. Hoy la delineé, la dibujé y esta tarde voy a intentar el primer capítulo.

Ignoramos si se trata del mismo proyecto, cuyo rebautizo acaso se deba a un contundente influjo de la arquitectura neoyorquina en la retina literaria de Antonieta. Lo cierto es que en los días sucesivos, ella echa a andar un mecanismo de diversión laboriosa, que se antoja consuetudinario a su temperamento. Por las cartas que sigue enviando a Manuel Rodríguez Lozano, se advierte una oscura aceleración de proyectos y actividades, bastante común en los maniacos: pretende abarcarlo todo, quiere hacerlo todo, tiene múltiples apetencias, vive ajetreada de día y de noche, a un ritmo más frenético aún que el *shimmy* que se baila en los clubes de jazz que, maravillada, visita con Emilio Amero y Federico García Lorca. Pero no es solamente la ciudad de Nueva York que contagia a Antonieta con este desenfreno: al llenarse de compromisos, se antoja que, en el fondo e inconscientemente, sólo aspira a postergar el momento de iniciar su propia obra. Así, le relata al estricto pintor, se propone rehacer la traducción al inglés de la novela *Los de abajo* de Mariano Azuela, porque la de Munguía es “pésima”, y además, añade, “será quizá posible montarla, aunque me conformaría con publicarla”. Urge a Andrés Henestrosa que le mande sus leyendas: “García Lorca me va a ayudar a dramatizar dos o tres. Yo haré las traducciones al inglés”. A cambio, apunta en otra carta fechada el 20 de octubre: “Voy a hacer la traducción de los dramas de Lorca al inglés, pues estoy procurando que se monten este invierno”. “Waldo Frank me autoriza a traducir su novela, que publicaré en la *Revista de Occidente*”. “Acabo de entregar un artículo sobre carpas, el Lírico y los danzantes de México. Estoy preparando dos estudios: ‘La malinche’ y ‘Sor Juana’ para publicarlos en inglés, ¿o cree usted que no deba yo escribir en inglés?”. Y finalmente: “Antes de febrero enviaré al *Guild* seis obras bien escogidas. Basta que acepten una. Las de-



Antonio Rivas Mercado con sus hijos Antonieta, Amelia, Alicia y Mario, 1920

más ya tengo quien las edite. Puedo convertirme en el punto de contacto y fusión de la América del Norte y del Sur”.

No es extraño que tres días después, a mediados de noviembre de 1929, Antonieta ingrese al St. Lukas Hospital a causa de una crisis nerviosa aunada a un agotamiento físico y mental. Sin embargo, antes de la caída, entre el barullo de actividades, apunta una línea alusiva a la novela: “Pronto le mandaré mi novela. No me gusta, pero usted dirá”. Asimismo menciona un drama que *casi* está terminado: ¿será la reconstrucción del juicio de León Toral, el asesino de Álvaro Obregón en La Bombilla, o el drama en un acto titulado: *Episodio electoral*, alusivo al asesinato del joven Germán de Campo? Cualquiera que éste sea, Antonieta le asegura a su riguroso mentor:

Ignoro si esté bien o mal. Sé que se ha apoderado de mí como fiebre y que dormida o despierta me chupa la vida y que, enferma o sana, no tendré paz si no lo termino. Lo he trabajado devotamente, procurando tallar en lo eterno, borrando toda anécdota. De lograrlo podría ser obra que fijara un estado que ya Sófocles con su *Antígona* nos presentó.

Me temo que ninguna de las dos obras dramáticas que conocemos, corresponda a lo que Sófocles alcanzó con su *Antígona*, y hasta parece curioso que su escritura haya despertado en Antonieta semejante fiebre.

Unos seis meses después, en julio de 1930, Antonieta arriba rocambolescamente a su último exilio: París y luego Burdeos, previo a la huida definitiva. Ahora la acapara la reconstrucción de la campaña presidencial de José Vasconcelos, que le ha prometido escribir y que ella misma se exige escribir para saldar cuentas con México, con ese país de “puercos y rufianes”, y porque, además, si no lo escribe ella, “nadie lo hará en la forma

debida”. Pero el libro la aburre, ya no cree en la fiebre política que la estremecía meses atrás, ni en el mesías que la hacía estremecerse de goce. Una vez más, una obligación que absurdamente se ha impuesto, posterga el momento de dedicarse de lleno a su obra de creación. Pero lo interesante para comprender su constante elusión o contemporización, es que, en octubre de 1930, Antonieta comienza a escribir un *Diario* que podría verse como la otra cara, secreta y sincera, de la correspondencia que sigue sosteniendo con Manuel Rodríguez Lozano.

A ratos, el tono no se diferencia mucho de la ambición que trasudan las cartas al austero pintor. Así escribe en la primera entrada del *Diario de Burdeos*: “En mi apartamento actual, enclaustración voluntaria que favorecen las circunstancias, *debo* (imperativo) concentrarme y crear, convertirme en la primera escritora dramática de Hispanoamérica”. A lo cual hace eco el párrafo que le envía a Manuel apenas tres meses después:

Mi vida a nada se parece más que a la de usted: un claustro del cual soy abadesa. Ocho a diez horas de estudio diario, un constante arrebató interior, una necesidad de medirme con los que “en el mundo han sido” y la meta tan alto que la estrella más lejana parece baja...

Su mayor limitación en la escritura del *Diario* no está en la falta de valor ni de sinceridad, sino en su obstinación por vivir siempre en aquello que había percibido Xavier Villaurrutia: las alturas de la trascendencia. A principios de 1929, es decir, poco después del cierre del Teatro de Ulises, éste escribía en su propio diario: “Antonieta no tiene sino un tono de voz y un tono de espíritu. Es inflexible. Ha encontrado una manera de mover las manos mientras habla que encaja perfectamente con su suavidad inflexible. Suave pero inflexible. Me enfadan las personas que no pueden respirar sino un aire trascendente. A Antonieta quisiera verla dejar de ser ella (o lo que ella cree ser) en alguna ocasión. Creo que no podrá. Me arrepiento de escribir esto, pero no porque lo piense injusto sino porque a Antonieta prefiero quererla que juzgarla”. Por esto, el buceo en pos de la “verdad íntima” que Antonieta se propone develar, rápidamente deriva hacia los superlativos, la hipérbole y la proclamación de principios que hacen de su prosa un exasperante enrarecimiento del aliento interior. Reiteradas veces se propone “desmenuzar las resistencias y dejar que suban a la superficie las verdades dolorosas, lamentables, vergonzosas, sublimes, de que está hecha nuestra humanidad”. Los momentos en que afloran esas “grandes verdades” son escasos, mientras que las pequeñas verdades de lo cotidiano, que son también una manera de retratar nuestra humanidad, no lo hacen jamás. La morralla de la vida está ausente del *Diario de*

Burdeos como una significativa resistencia de parte de Antonieta por verse a sí misma en una dimensión carente de *pathos*. Vivir era, para ella, trazar líneas hacia adelante y hacia atrás —estas constantes que conjugan por igual la superstición y el destino— sin reparar casi nunca en el hecho de que a una línea la componen innumerables puntos. “Se dirá que soy toda tensión de voluntad, y me he fijado una meta lejana, difícil, en la cual clavo los ojos para no dejarme sentir este abismo que es mi vida, abismo de la soledad anhelada”. La imagen del arco tensado que apunta a una meta lejana es bastante elocuente de la idea que tenía Antonieta de su vida: una flecha que debe dar en el blanco siguiendo una línea sin curvas que rasga el aire de las alturas en pos de un destino. Incluso cuando habla del instante y de la plenitud, su tono se contagia de los absolutos por los cuales abraza o rechaza la vida: “Es vivir, es hoy, es este instante en su plenitud lo que me mueve, es ahondar mi conciencia, es recrear mi mundo, y convalecer de haber vivido allá donde todo es pasión y choque y aniquilamiento. Tierra de sismos”.

Pese al freno que le impone a su vida bordelesa con un cargado plan de estudios tan variado como el dominio del latín, del griego, del alemán, la vida de Trotsky, la filosofía de Nietzsche, el piano y la educación de su Toñito, quizá contagiada esta vez por el ritmo friolento y la luz clorótica de la provincia francesa, ella sola le echa combustible al peligroso motor que puede conducirla al agotamiento nervioso o, en términos modernos, al *surmenage*. Por ejemplo, advierte en el *Diario* de octubre:

Tengo el propósito de escribir y publicar simultáneamente el relato de la campaña y la novela *Piedra de sacrificio*, que encierra idéntico módulo atmosférico. Querría que aparecieran para junio próximo, es decir, dentro de siete meses, así que habría que contar que fueran a prensa en abril. Noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, cinco meses para ordenar y dar forma. Esto quiere decir que el primer esbozo deberá estar terminado, en ambos, para diciembre y los tres meses restantes para pulir.

Hay en ella una urgencia de llegar —¿adónde?—, una presión para producir —¿quién sino ella misma se la pone?—, una prisa como si presintiera que el fin se acerca. ¿Y qué es esta nueva novela titulada *Piedra de sacrificio*: la misma de siempre, la que nunca escribe, u otra, otra más como la que proyecta terminar para 1932 y para la cual ya tiene título: *Amantes*? Uno se marea leyendo cómo Antonieta se embriaga a sí misma con planes, proyectos, programas de vida, plazos y preguntas intrascendentes: “¿Firmaré con seudónimo o mi propio nombre?”, escribe pensando en los artículos que publicará en la revista que Vasconcelos aún no funda. Y se contesta, tan seria como valiente: “Creo que es pre-

ferible usar mi nombre para que todo lo bueno y lo malo me sea adscrito”.

¿No hay algo del cuento de la lechera en las cuentas que saca Antonieta? En octubre de 1930, ya visualiza: “En el año de 1935, si Dios no dispone de otra cosa, me trasladaré a París en donde, en sociedad con Jeanne Bucher, me dedicaré a hacer ediciones de arte y agrandar su salón de exposiciones, mezclándome en la vida intensa y superficial de la gente”. Pero uno se pregunta: ¿acaso sabía Jeanne Bucher de los designios de Antonieta? En los cuatro años que la separan de su asociación con la galerista parisina, Antonieta tiene el propósito de crearse una “reputación” literaria en América. Tanta es su prisa de vender la piel del oso que, en la última carta a Rodríguez Lozano antes de su suicidio, fechada en Burdeos el 22 de enero de 1931, le dice acerca de la mentada novela:

A medida que vaya teniendo las cuartillas escritas, reanudando una buena costumbre, se las iré mandando por partes, para enviarle fragmentos completos, y no me dé su opinión sino cuando tenga el total. No creo que el libro tenga, ni tampoco quiero que pase de 200 páginas, formato *in octavo*, y me gustaría que llevara por lo menos tres, a lo sumo seis ilustraciones. Pienso tenerlo listo para ir a prensa para mayo o junio, sacar una edición de tres a cuatro mil ejemplares y hacerlo llegar a todos los rincones de América. Si lo logro, no es difícil que lo haga traducir al francés.

¿A quién pretende convencer o engañar: al otro que nunca ha cesado de juzgarla y de recriminarla o a sí misma que ha acabado por hacer suyas las sanciones del otro? Mientras no puede escribir la novela, absorta como está en las otras tareas obligatorias y aburridas, se muere por comenzar a redactar la obra. Así, paralelamente a lo dicho y dirigido a Manuel Rodríguez Lozano, apunta en su *Diario*, más o menos en las mismas fechas:

Tengo el espíritu cargado de ella, se diría que se me escribe sola en el sentimiento, restando sólo la transcripción. Deseo hacerla con una sólida estructura conceptual, 250 páginas aproximadamente, pero tan bien encubierta por el sentimiento que parezca solamente edificada con él. Breve, directa, infinita, dejando sin cesar avenidas abiertas en todos sentidos, yendo sin embargo los protagonistas como cuerpos lanzados en una trayectoria fatal.

Pero la única que está con el cuerpo lanzado en una trayectoria fatal es ella porque está a unos días de reunirse con José Vasconcelos en París. El primero de enero de 1931 a las 12.30 a.m., o sea, simbólicamente a la misma hora en que se disparará una bala en el corazón, termina la revisión de *La Campaña de Vasconcelos* y

apunta en su *Diario*, todavía en Burdeos: “...ya estoy dispuesta para volar a la novela —tengo la impresión de quien ha cortado una brecha en la maleza: abrí camino, después podré andar con paso largo y flexible”. Quiere escribir esa novela que la habitaba como una obsesión duradera y parece que, por fin, ya no hay obstáculo entre su deseo y la eventualidad. No obstante, encabezando la primera página del diario de 1931, una interrogación algo retórica refleja su temperatura interior: “¿Y no hay más belleza en ceder al instante violento y vivir el resto del tiempo en austero apartamiento, a convivir sin pasión?”. Es decir, una temperatura poco propicia al demorado y descorazonador proceso de la escritura, para el cual, según William Faulkner, se requiere diez por ciento de talento y noventa por ciento de nalgas. ¿A dónde conducía el camino que Antonieta sentía haber abierto entre la maleza sino a la Catedral de Notre-Dame? ¿Habrá caminado el boulevard Saint Michel con el “paso largo y flexible” que pensaba adoptar en adelante? Por su parte, José Vasconcelos recordaría el día del reencuentro en París y “el paso regulado, el leve, grato roce



Antonieta en la entrada de su casa, 1921



Antonieta, su esposo Albert y su hijo Donald Antonio, 1919

de las caderas que liga los cuerpos, sincroniza las almas de dos que se han unido en la ilusión de la eternidad”.

Sin embargo, una breve tregua en su agitación interior le permite iniciar la tan anhelada novela. La empieza el 22 de enero, pero sólo para, apenas unos días después, volver a caer en cama por agotamiento y depresión. Las páginas que logra escribir —unas 30, redactadas con precisión y velocidad— atestiguan su talento potencial y una visión moderna, a contracorriente de la literatura mexicana de la época. “Quiero echar un clavado en medio de lo más puramente mexicano —le escribe a Manuel—, sin *jicarismo*, sin que a nadie se le ocurra hablar de color local, y pretendo hacer del libro algo humano, humilde, penetrante y translúcido, como ciertas mañanas de azul que me embriagaron”.

El fatídico 11 de febrero de 1931, en la última entrada del *Diario*, Antonieta apunta con un dejo de amargura: “Se ve que Vasconcelos tiene alta estima de mi talento literario, pero no me cree capaz de un sacrificio prolongado”. ¿Es Vasconcelos o ella misma quien duda? Y para desmentir a todos, incluyéndose también, Antonieta dedica la penúltima entrada de su *Diario* a redactar un plan detallado de la novela *El que huía*. Un plan tan detallado que efectivamente, lo único que le falta a esta novela para existir es la carne verbal que rellenará los intersticios entre un hueso y otro del esqueleto ideado. Es decir, lo que le falta es la verdadera aventura de escribir, de crear, palabra tras palabra, un cuerpo narrativo, una densa materia ficticia. Le falta vivir la *duración* de la escritura. Sin embargo, Antonieta no falla el contraste brutal, el más espectacular efecto retórico,

entre una entrada y la siguiente de su *Diario*. Después de redactar la osamenta de la novela, en el último acto del miércoles 11 de febrero de 1931, Antonieta comienza su relato con la frase más dramática que ella haya imaginado jamás: “He decidido acabar...”. La frase final del *Diario*, también digna de la teatralidad que cierra un acto antes de la caída del telón, alude al momento posterior a su suicidio y a la reacción anticipada de Vasconcelos: “Se quedará Deambrosis acompañándolo. No quiero que esté solo cuando le llegue la noticia”. De la misma manera que imaginaba su futuro papel de escritora cuando aún no había concluido un solo libro, Antonieta redacta la frase final de su *Diario* antes de saber si será capaz de cumplir el gesto fatal. Pero esta vez, Antonieta acertó el tiro en el blanco de la página.

Días antes de morir, Antonieta apuntaba en el *Diario de Burdeos* que aspiraba a “escribir con la verdad, única justificación de ponerme a escribir. Esa verdad que lleva uno dentro, que alimenta, teme y adora. Esta verdad íntima, difícil de forzar, como una virgen”. Se antoja que esa verdad la escribió con su suicidio, pero sería demasiado fácil concederle el beneficio de la frase que ella quisiera dictar desde la ultratumba. Con esto quiero insinuar que, pese a todo lo dicho hasta este momento, quizá ya llegó la hora de sublevarse contra el mito que Antonieta nos metió en la mente acerca del *pathos* que la envuelve como una mortaja de compasiva admiración. Al suicidarse a los treinta años, Antonieta se ahorró lo más difícil de la vida de una mujer. Se ahorró, por ejemplo, los pequeños y repetidos fracasos que erosionan el anhelado trazo de un destino. La cuenta que ella acumuló en su breve e intensa actividad cultural y política podría parecer exigua con respecto a otras sumas de luchadores más longevos. Prefirió saldar la deuda, porque parece que siempre hay que pagar prenda a algo o a alguien, con una grandiosa salida teatral en la que convirtió su suicidio. Así se ahorró la retahíla del tedio, los abismos del hastío, las piedras en el zapato o los bastones en la rueda de la fortuna, la indiferencia y el rechazo, la flacidez de la carne, las arrugas, las canas, la merma de la memoria y la pérdida del pulso y del impulso, el aprendizaje de la paciencia, la imprescindible disciplina y la continuidad de los deseos. Pero también se desentendió de los destellos del oro de la maravilla, del brillo bruñido de los corazones de mar y de las vetas azuladas en el secreto monumento al amor. Antes bien, se privó a sí misma de la risa que lo es todo.

La vida individual es una aventura extraña y a la vez arcana que parece depender más de los accidentes que de una lógica o de la necesidad. Imaginemos, entonces, que Antonieta no se hubiese suicidado aquel aciago día de febrero. ¿Hasta qué edad habría vivido? Arriesgar una cifra rayana en los ochenta no es descabellado en función de la longevidad de los Rivas Mercado y de la

relativa buena salud de la que gozaba Antonieta. ¿Qué aspecto habría tenido a los cuarenta, a los cincuenta, a los sesenta o en la víspera de su deceso natural? ¿A qué se habría dedicado si se hubiese sometido a la duración y a la continuidad? ¿Su carácter se habría modificado o sólo se habrían acentuado sus defectos, sus inseguridades y sus obsesiones? ¿Cómo habría reaccionado frente a los relevantes y los insignificantes sucesos del futuro que se ahorró? ¿Habría competido con Frida Kahlo para acoger a León Trotsky en México? ¿Habría llorado viendo las imágenes del Holocausto? ¿Cómo habría reaccionado ante la mochería y el fascismo final de José Vasconcelos? ¿Habría vuelto a casarse con un senador de la República, un próspero empresario de la posguerra alemana, un intelectual carcomido por una neurosis existencial, un médico de mirada tiránica o habría navegado de un amor a otro hasta el naufragio definitivo? ¿Se habría embelesado con los cuadros de Francisco Toledo o con el cine de Jean-Luc Godard? ¿Qué habría estado haciendo el día en que asesinaron a Kennedy? ¿Le habrían gustado los Beatles? ¿Habría salido a la calle a manifestar con los estudiantes en 1968? ¿Habría enterrado a sus amigos, poco a poco, con la sensación de que el mundo se estaba vaciando alrededor de ella? ¿Me habría cruzado con ella en una calle de la colonia Roma después de mi llegada a México? ¿Estaría incrustada en el imaginario de México como una de las grandes trágicas del siglo xx? Tantas preguntas posibles como destinos a esbozar si una sola línea se bifurca o se estrella en la palma de la vida.

Por lo demás, ¿qué irónica y cruel es la vida! José Vasconcelos integró el relato de la campaña escrito por Antonieta en el volumen de sus memorias titulado *El proconsulado*, mencionando de paso que la autora es una tal “Valeria” y alternando sus esmeradas y exaltadas palabras con el informe insulso de un ex vasconcelista noroesteño. Con el más desenvuelto estilo canibalesco, Vasconcelos no le dejó a Antonieta ni siquiera la opción de firmar su obra con su propio nombre, como ella lo deseaba, para que lo mejor y lo peor le fuera adjudicado.

Lo paradójico es que, si bien falló a Antonieta su vocación de novelista, el relato de esta derrota hizo de ella una de las más célebres escritoras epistolares en el México del siglo xx. Desde niña soñaba con una vocación que la volviera más que visible en los escenarios públicos: quería ser bailarina, brillar como una estrella con sus piruetas y saltos. Luego, el teatro acaparó su pasión hasta el punto de capitanear, junto con los Contemporáneos, el nacimiento del teatro moderno en México. Refiriéndose a la aventura del Teatro de Ulises, le comentaba con cierto orgullo a Arturo Pani: “Con unas funciones públicas que dimos, causamos escándalo. No personalmente, sino por las obras que presentamos y Cocteau llevó la peor parte, porque muy pocos enten-



Antonieta y Federico García Lorca en la Universidad de Columbia, Nueva York, 1929

dieron su *Orfeo*”. También hubo, más escandaloso y temerario aun que el Teatro de Ulises, el salón de baile El Pirata que Antonieta concibió en sus propiedades del Centro Histórico y hasta inauguró bailando un tango con el pintor Manuel Rodríguez Lozano. Poco después, la titánica creación de la Orquesta Sinfónica de México, que puso bajo la batuta de Carlos Chávez, y que constituyó la más duradera de sus empresas públicas. En pocas palabras, toda su vida se volcaba al ámbito más público de la creación artística. Su transgresión era imposible de disimular y este desafío era, precisamente, lo que más le gustaba a Antonieta. Porque, cuando no estaba encima de un escenario, le seducía estar siempre en la primera fila, se embarcó en cuerpo y alma en la campaña presidencial de José Vasconcelos. Le parecía poco el papel de comparsa anónima; siempre quería firmar con su puño y letra cada acto de su dramático destino. Y hasta para su suicidio, se preparó una actuación sin par y un escenario único, sublime, inolvidable.

El tiempo invirtió la huella de Antonieta en la historia de México: del dominio público que habitó en vida, la muerte pasó a inmortalizarla en el dominio privado de las pasiones. Una vertiginosa voltereta tan irónica y quizá cruel como la vida misma. “Mire mi letra, Manuel, no tiembla”, escribía Antonieta en una carta. Tampoco tembló su mano a la hora de su muerte. No sabría decidir si la vida de Antonieta me parece lograda o fracasada. A ratos, admiro sus empeños intelectuales, pero desapruuebo su obcecación sentimental y en otros, comparto su búsqueda innegociable del amor absoluto, de su “camino de perfección”, y condeno su falta de em-

pecinamiento en sus empresas artísticas. Sobre todo, me enoja que no se tomó el tiempo y el trabajo de cumplir lo que anunciaba a propósito de un libro de Margarita Nelken en diciembre de 1927: “cuando una mujer escribe sobre problemas femeninos, esperamos encontrar trazas de un estudio autocrítico. La mujer analizada por sí misma proyectaría luz sobre un oscuro capítulo de la psicología. La esencia de la mujer yace en sus rasgos diferenciales y ella es la única que puede definirlos. ¿Cuándo veremos iniciar esa labor?”. Hubo que esperar varias décadas antes que escritoras modernas retomaran la iniciativa de Antonieta. De haberlo hecho ella en su época, probablemente nos hubiésemos ahorrado muchas sandeces sobre la naturaleza femenina. No puedo garantizar que la escritura de semejante estudio, tan próximo a la autobiografía o la autoficción, la hubiese curado de sus padecimientos psíquicos, pero es posible.

Si no cumplió la obra narrativa que era legítimo esperar de ella, en cambio hizo del arte epistolar su principal legado a las generaciones que le siguieron. Sus misivas son el imán que atrae a los lectores hacia su persona y su destino. Las cartas a Manuel Rodríguez Lozano constituyen la parte medular de la correspondencia. El hecho de que él las haya conservado durante muchos

años antes de confiarlas a su discípulo Nefero, quizás indique que la quería más de lo que sus reiteradas reticencias darían a pensar. Lo cierto es que Antonieta escribía dilatadas cartas los domingos. Tal vez odiaba ese día que se entromete como un paréntesis hinchado de tedio en el ajetreo de la semana, y lo llenaba dejando correr la pluma sobre las hojas casi siempre destinadas al pintor. Tal vez escribirle era como hablar consigo en voz alta, repasar una y otra vez las razones de su imposible devoción y los pasos hacia su “camino de perfección”. Si las hubo, nunca nadie conoció las respuestas de Rodríguez Lozano. Más bien se antoja que, mientras convivieron en la Ciudad de México, sus réplicas fueron verbales, a juzgar por las veces en que Antonieta alude a su última “conversación” o a su “última confesión”. Pese al fervor reiterado, no siempre Antonieta jugaba limpio y sus declaraciones de amor podían ser simultáneas con otros devaneos que alimentaba para despertar los celos del pintor o desprenderse de la enfermiza adicción. En ambos casos, los intentos eran vanos, tanto por las preferencias sexuales del pintor como por las recaídas de la amanuense. Sólo el tiempo, la distancia, el arrebató de José Vasconcelos y la precipitación de los meses finales lograron mitigar la devoción de Antonieta hacia Rodríguez Lozano y situarlo en la adecuada calidez de la amistad. A través de toda su correspondencia que nunca imaginó que algún día se haría pública, Antonieta se retrata, se inventa, se confiesa como en pocas páginas de su *Diario*. Son escasos los años que cubre la correspondencia y la intensidad de sus desvelos semeja la carrera de un tren encarrilado hacia un barranco.

Asimismo, en más de una ocasión, Antonieta había redactado el diagnóstico de su propio mal de vivir sin precisar la causa y las causas de sus dolencias, ni señalar a responsables o culpables, y tampoco sin pegar una etiqueta clínica a su estado. La acuidad de su capacidad de autobservación es tan notable que uno se pregunta por qué las personas con ese don de diagnóstico no tienen asimismo el talento para remediar sus padecimientos. Así, en una carta a su hermana Amelia, contrasta los dos temperamentos:

No te comprometas en serio, pero diviértete. Yo nunca he sabido hacerlo, para mí la vida ha sido sufrimiento y trabajo, éste mi diversión y alivio; nunca he podido llevar el alma ligera, siempre me ha ido pesando algo y en verdad, a nadie le deseo destino semejante. Tú tienes mejores disposiciones que yo para ser feliz, aprovéchalas. Yo, en vista de una realidad espiritual que sola percibo, he ido rompiendo con mi comodidad, con mi medio. Parece que me persigue y atormenta algún tábano, porque nunca he deseado mi satisfacción. Afortunadamente tú no eres así. Tú sabes ser feliz, gozas de las cosas buenas que la vida te ofrece sin inquietarte por lo imposible. **U**



José Vasconcelos y Antonieta, 1929